

LAS CRUCES DE GRANADA: MANIFESTACIONES ARTÍSTICAS DE LA RELIGIOSIDAD POPULAR GRANADINA (SIGLOS XVI-XX)

JUAN MANUEL MARTÍN GARCÍA
Universidad de Granada

En Granada muy pocas cosas pueden ser ajenas al deleite y contemplación, y a la vez, en no menor grado, el punto de partida para cualquier tipo de investigación. Es por ello que hemos podido descubrir que las Cruces que se han ido levantando a lo largo de los siglos en diversos enclaves de la ciudad, y de las que todavía hoy quedan algunas muestras en calles, plazas y diversos rincones urbanos, podían incluirse en un profundo estudio, capaz de permitir un acercamiento a un elemento tan tradicional y a veces tan olvidado del paisaje urbano de esta ciudad, sobre el que en no pocas ocasiones se han lanzado las revoluciones iconoclastas que en los dos últimos siglos han postulado una laicización de la sociedad en detrimento de su particular patrimonio artístico. Teniendo en cuenta, por tanto, la importancia que han tenido en el binomio arte y religiosidad, y la que se le debe dar hoy desde el punto de vista de los intereses por la conservación de nuestro legado, pensamos que son una cuestión de primer orden desde cualquier perspectiva que las analice. Decían en este sentido los autores de un antiguo trabajo sobre *Cruces populares granadinas*, que “al lado de las construcciones de gran monumentalidad, suelen desarrollarse las populares que, sin deseos de grandeza, por su valor espiritual y estético, tienen, a veces, tanto o más interés que las primeras.”¹. Esto es lo que ocurre en relación con las cruces granadinas que olvidadas o atacadas en diversos momentos de la historia de Granada, no han perdido su importancia, o al menos el recuerdo de ella, en otras etapas de la cultura artística, religiosa y espiritual de la ciudad. La Cruz, al margen de su mayor o menor valor artístico, es ante todo un símbolo presente en la tradición cristiana desde el comienzo mismo del cristianismo, pues como afirmaba Jacobo de la Vorágine en *La leyenda dorada*, ésta que antes de la Pasión “connotaba vileza, aridez, ignorancia, tenebrosidad, muerte y hedor... después de la Pasión de Cristo quedó sumamente ennoblecida, magníficamente exaltada, y sus connotaciones se modificaron tan radicalmente que la vileza de antes se trocó

¹ PRIETO MORENO, Francisco y BIGADOR, Pedro: “Cruces populares granadinas”, *Boletín de la Universidad de Granada*, VII (1935), p. 33.

en preciosidad.”² . No extraña, por tanto, que desde muy pronto se convirtiese en uno de los elementos más expresivos de esa tradición religiosa frecuentemente traducida en formas y manifestaciones artísticas. La cruz es, por tanto, un elemento invariable iconográfico de gran alcance no sólo entre los doctos y teólogos que siempre han buscado las claves de su interpretación, sino, fundamentalmente, entre las masas populares que han encontrado en ella un referente constante de devoción, así como el símbolo de sus sentimientos y aspiraciones. Con posterioridad, cuando la tradición cristiana estaba perfectamente enraizada en las culturas y sociedades medievales, ésta fue también un símbolo de confrontación y victoria hacia otras realidades no cristianas, tales como la emanada del Islam, de especial virulencia en el caso de la Península Ibérica, donde durante varios siglos habría de mantenerse una rivalidad constante que en muchas ocasiones se expresó a través de símbolos interpretados, frecuentemente, por medio del arte. No en vano las cruces se convirtieron en este sentido en la imagen visual de una victoria histórica, política y moral contra el anterior poder dominante. Precisamente, para el caso de Granada se levantaron muchas de estas cruces en lugares donde mejor podían expresar no sólo un acto de fe y religiosidad sino también una redefinición del espacio político y espiritual visible a partir de 1492. Es por eso que las cruces de Granada, no solamente las que todavía hoy se conservan, también las que ya no existen, “están colocadas en lugares de situación estratégica y son fuente de poéticas tradiciones que corresponden unas veces a hechos significativos de la Historia y otras, simplemente, a una manifestación de la fe cristiana de aquellos que las levantaron.”³

El paisaje urbano granadino estuvo en algún tiempo adornado con una multitud de cruces que aparecían, constantemente, en pequeñas plazas o grandes espacios abiertos, en callejuelas y en la entrada a la ciudad a través de sus principales caminos y en recintos de marcada tradición religiosa, ya fuesen los compases de conventos y monasterios como las entradas a parroquias y santuarios. Francisco Henríquez de Jorquera, en sus *Anales de Granada* ha dejado recogida una extensa nómina de cruces de las que las que todavía hoy están en pie representan una mínima parte de aquel entorno profundamente sacralizado. Según se desprende de dichos *Anales* la mayoría eran cruces de piedra, a veces muy sencillas y otras de trabajo más elaborado. Y junto a ellas, advertía, “no será prolijo dar noticia de algunas de madera de grande curiosidad, a quien sus devotos celebran gran fiesta por el mes de Mayo y sea la primera la gran cruz de la calle Real, bien corpulenta y curiosa y se le celebra gran fiesta y la de la plaçuela de los texedores del hospital real. La de la plaçuela de la Santísima Trinidad y puerta de las Tablas. La de los zapateros de viejo en la bibarrambla. La de los caños de Loaysa. La del Pilar del Toro. La de la puerta de Fajalauça... y otras muchas en diferentes calles y sitios, que á las más de ellas se les celebra grandiosas fiestas por el mes de Mayo en particular á la de la Real calle, la de los zapateros de Bibarrambla y la de los caños de Loaysa que son grandiosas fiestas que las dos últimas duran tres días con grandiosos altares.”⁴ . Se comprende de este modo el sig-

² VORÁGINE Santiago de la: *La leyenda dorada*. Madrid: Alianza Forma, 1984, T. II, p. 585.

³ PRIETO MORENO, Francisco y BIGADOR, Pedro: “*Cruces populares granadinas*”, p. 33.

⁴ HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco: *Anales de Granada*. Granada: Universidad de Granada, 1987, T. 1, p. 272.

nificado y arraigo que ha tenido en esta ciudad la celebración del día de la Cruz, tanto desde el punto de vista esencialmente religioso como en aquel otro que procede de una reinterpretación popular de esa religiosidad en la que se mezclan numerosas variables y tradiciones que no es difícil conectar con los diversos ciclos de la actividad anual y con los cambios estacionales. Otras veces la presencia de estas cruces, aun cuando no pierden su sentido popular, surge como consecuencia de un programa religioso más elaborado, dando lugar a espacios de carácter sagrado que exteriorizan, tomando como punto de referencia el paisaje de la ciudad, ciertos actos y celebraciones normalmente concebidos dentro de un recinto eclesiástico. Esto es lo que se deja ver en el Vía Crucis erigido en el Sacromonte granadino, dentro de la concepción contrarreformista que alentó el espíritu de aquel proyecto artístico-religioso en la Granada del Seiscientos. Todos ellos han sido los elementos gestores y propiciadores capaces de poder dotar a la ciudad de un elemento tan característico, y aunque muchas veces modesto en cuanto a su significación artística particular, no falta de un valor implícito en la composición general del urbanismo de una ciudad que “calle a calle, muestra su historia y la encontramos a la mano, a la sombra de las cruces granadinas, y su pregón es tan claro como esa raya de cielo-luz que alumbraba la estrechura de la calle, como esa luz herida y derramada, que se vierte amasada en desleídos azules y malvas. Luz de lejanías y leyendas ensalmadas y recamadas. Cruz de fortaleza. Luz y Cruz que ponen un tenue velo de belleza cuando estalla rutilante el sol en las plazas y las deja vestidas de oro y al atardecer tiñe de rosa el paisaje y las torres que surgen de la ciudad reconquistada.”⁵.

Las cruces de Granada, como ya hemos dejado indicado, son normalmente estructuras bastante sencillas que, como los pilares de agua que comparten con ellas la función de ornato público, carecen de pretensiones de grandiosidad, más bien, podríamos decir, ocurre todo lo contrario. Salvo en los casos excepcionales, constituyen una pétreo pincelada en el centro de una plaza o en el final de una calle, ligándose a ellas no pocas tradiciones, transmitidas y legadas de unas generaciones a otras, que nadie sabe cuándo ocurrieron y sí realmente llegaron a existir.

Salvo las que eran de madera, como decía Henríquez de Jorquera, y que, evidentemente, no se conservan, el resto de las que aún están en pie son cruces realizadas en piedra de diferentes tipos y calidades. En los *Anales de Granada* se habla constantemente de cruces de jaspe y alabastro como principales materiales, no faltando la piedra parda y la de las canteras de Santa Pudía entre los que también se utilizaron para erigir estos sencillos monumentos arquitectónicos. Esa sencillez viene definida, generalmente, por una peana que le sirve de base y enclave en el suelo. Puede estar ésta más o menos trabajada, y lo que en algunos casos no deja de ser un simple pedestal cuadrangular, en otros, en aras de una mayor complejidad, se compone de una serie de molduras cóncavas y convexas que preparan el arranque de la Cruz. Muy interesante es, en este sentido, la información que transmiten los *Anales* de Jorquera, pues describe algunas de estas peanas que ya no se conservan, poniendo de manifiesto la importancia de este elemento. Sobre ellas o bien se coloca

⁵ COLINA MUNGUÍA, Saturnino: *Cruces de Granada*. Granada: Temas de nuestra Andalucía. Obra Cultural de la Caja de Ahorros de Granada, 1976.

directamente la Cruz, o bien se dispone una columna rematada en la parte superior con un crucifijo de pequeño tamaño, tal y como podemos ver en la **Cruz del Bosque**, en la **Cruz de Santa María de la Alhambra** o en la **Cruz de Mariana Pineda**. En los otros casos, tiene ésta un tamaño mediano, aunque no faltan las que persiguen una cierta monumentalidad, no sólo en relación con sus dimensiones sino también por la forma de quedar concebida y planteada. Frente a las soluciones más simples, en las que un brazo transversal corta en la parte superior a otro longitudinal, rematado, a veces, con el *Titulos Crucis*, hemos podido documentar la existencia de algunos ejemplares más ricos en su planteamiento y concepción. En estas últimas, la variedad es múltiple, y si en algunos casos los brazos de la cruz aparecen decorados con acanaladuras, cabujones, y otros adornos de piedra; en otros, no falta incluso una imagen del Crucificado, dejando de forma clara y patente el significado profundo y original que tuvo este elemento en el contexto de su interpretación eminentemente religiosa, antes incluso de las posteriores asimilaciones que el paso del tiempo y los cambios en las actitudes mentales han ido produciendo. La **Cruz del Campo del Príncipe**, la **Cruz de San Miguel** y la **Cruz de la Rauda**, decorada esta última con un Crucificado en la parte delantera y una Virgen en la posterior, dan buena cuenta de ello. Para completar la descripción de su fisonomía más frecuente y general, diremos que no es rara la presencia de algunos elementos tales como las bolas de piedra en los extremos del brazo transversal, la inclusión de farolillos en algunas de las más castizas y populares, contribuyendo a dotarlas de un sentido más romántico y devocional, e incluso la creación de un espacio alrededor de la cruz, un espacio sacro, delimitado por una verja, con suelo de típico empedrado granadino y una constante presencia floral, ya sea por medio de una pequeña zona ajardinada o por las flores que nunca faltan a los pies de la cruz o en toda la superficie delimitada por esa reja, que amén de proteger, enaltece aún más el espacio ocupado. Estas flores han sido con frecuencia el origen de narraciones en las que queda expresada el sentimiento de fervor, piedad y religiosidad que normalmente aparece relacionado con las cruces. Es lo que ocurre, por ejemplo, en la **Cruz del Campo del Príncipe**, una de las más castizas de toda Granada, no sólo por su belleza monumental y calidad artística, sino por el significado que ha tenido para el pueblo granadino y especialmente para los habitantes de aquella zona. La Cruz, según consta por los *Anales* de Henríquez de Jorquera fue costeada por los vecinos del barrio del Realejo Alto, quedando instalada en su plaza principal en 1640, trasladándose en 1682 hasta su emplazamiento actual. Lejos de la generalidad del resto de las cruces granadinas, es ésta una que sobresale no sólo por su tamaño sino también por su calidad y esmero, a lo que contribuye, entre otras cosas, la imagen del Crucificado que aparece en su frente principal. “La musa popular atribuye a este Cristo del Realejo un poder milagroso extraordinario, que se manifiesta especialmente los viernes por la tarde, y, más que ningún otro, el Viernes Santo. Ello arranca, según toda probabilidad, de una antiquísima leyenda, que se transmite sin interrupción hace tres siglos, y que yo quiero dejar hoy consignada por escrito —afirmaba un historiador local del siglo pasado- antes de que la indiferencia religiosa que poco a poco va invadiendo el barrio de *los greñuos* la pierda para siempre.”⁶ Esa leyenda habla de una

⁶ FERNANDEZ MARTÍNEZ, Fidel: *Antiguallas y estampas granadinas*. Granada: Diputación Provincial de Granada, 1994, p. 51.

joven de aquel barrio, devota del Cristo de esta Cruz al que llevaba todos los viernes las mejores flores de su casa, hasta que un día resultó atacada cuando se disponía a hacer su ofrenda devota y fervorosa. “Apercibida la muchacha pidió al Cristo protección. Un relámpago brilló entonces en la obscuridad solitaria del Campo del Príncipe. El brazo de piedra del Cristo Crucificado despegóse del mármol de la Cruz, tendiéndose, protector, sobre la cabeza de Dolores. Los forajidos cayeron por el suelo, atacados de parálisis total y fulminante. La Perla pudo escapar sin que nadie lo evitara, y el mayorazgo, arrepentido, hubo de trocar su manto de caballero por el sayal de franciscano, sumiéndose en un convento para llorar de por vida el criminal intento. Desde entonces, nunca faltan flores a los pies del Cristo de los Favores, porque las jóvenes del barrio cuidan de renovarlas todos los viernes, en memoria de aquel hecho singular...”⁷. Sin cambiar de escenario, no han faltado quienes, erróneamente, pues no fue éste el lugar donde originariamente se levantó la Cruz, han creído ver en ella un recuerdo, de tintes esencialmente religiosos, del lugar en el que otra tradición improbable cuando no incierta situaba la muerte del príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, como consecuencia de una caída de caballo, entendiéndose que la Cruz había sido erigida en recuerdo de aquel triste acontecimiento.

Elemento esencial lo es igualmente la decoración del pedestal de estas cruces, contrariando en muchos casos la simplicidad de su estructura con la recreación ornamental, y algo que no deja de tener un gran valor social y documental. Nos referimos a las cartelas con inscripciones que ocupan una, varias o todas las caras de las peanas de estas cruces granadinas. En cuanto a su valor decorativo, no podemos sino volver a recordar lo que decíamos unas líneas más arriba, pues la norma general será que estas peanas resulten ser cuerpos muy sencillos, normalmente lisos y de gran regularidad. Sólo de vez en cuando podemos encontrar entre las cruces conservadas ciertas preocupaciones que van más allá de la función y practicidad para que fueron concebidas. El ejemplo, una vez más, de la **Cruz del Campo del Príncipe**, “grandiosa cruz de jaspe y alabastro de grande corpulencia y famosa peana, con grandes labores de los cuatro órdenes ...”⁸ y la **Cruz de la Ermita del Santo Sepulcro**, con su pedestal en forma de concha avenerada de tratamiento muy barroco, ofrecen la excepción a una regla que se mantiene en la mayoría de las cruces de Granada. En cuanto a la presencia de esas cartelas con inscripciones, que también acabamos de mencionar, diremos que son ellas la expresión más clara de cómo se entendieron estos monumentos en el marco de la religiosidad popular de cada una de las épocas en las que fueron erigidas. Con las que todavía se conservan en un estado legible, aunque a veces no sin dificultad, y en las que ya no es así, que conocemos, sin embargo, por las transcripciones realizadas por don Manuel Gómez Moreno conservadas entre sus legajos, tenemos ante nosotros la certificación de su sentido y significado y el argumento suficiente como para hacer de estas cruces hitos arquitectónicos, que en su modesta estructura, traducen los anhelos de la sociedad hispánica de los tiempos modernos. Pues a su sentido cristológico, espiritual y religioso se le une, en el caso específico de Granada, una significación netamente histórica en tanto que aluden de forma continuada al triunfo sobre el Islam desde los tiem-

⁷ FERNANDEZ MARTÍNEZ, Fidel: *Antiguallas y estampas...*, p. 52.

⁸ HENRÍQUEZ DE JORQUERA, Francisco: *Anales de Granada...*, T. 1, p. 270.

pos de San Cecilio, que por la Cruz vino a Granada y por ella fue martirizado en lo que andando el tiempo llegó a ser uno de los grandes centros de la religiosidad contrarreformista. “Desde aquellas fechas, en el Sacro Monte, el Albaicín y los parajes todos de la ciudad florecieron de cruces y torres, sin que pudieran borrarlas ni los ocho siglos de dominación musulmana, ni los posteriores hasta nuestros días.”⁹. Ese sentimiento de continuidad, como afirma Saturnino Colina, que no expresa sino el hondo calado de estos monumentos tan típicos de la arquitectura popular, volverá a aparecer con mayor fuerza en algunos momentos de nuestro recién terminado siglo, en donde una vez más, los diversos avatares históricos y políticos pusieron en peligro su integridad y conservación por medio de posturas de tendencias iconoclastas, convencidas de la necesidad de eliminar los símbolos, como este de la Cruz, aunque sin reconocer lo que éstos habían llegado a significar en el seno de la religión popular, por encima siempre de los avatares y circunstancias de cada época. Resulta revelador, en este sentido, las noticias que aparecen en la prensa local de la década de los años treinta y cuarenta en relación con la reconstrucción de algunas de las cruces que habían sido tiradas al suelo y demolidas. Fue tarea primordial de los primeros ayuntamientos del franquismo acometer la reconstrucción de las que habían sufrido destrozos en las décadas anteriores, y ello desde una doble perspectiva: la restauración artística de la ciudad, y la revalorización de ciertos aspectos de la religiosidad popular. Esas cartelas que decoran las peanas de muchas de nuestras cruces son, a veces, la única fuente de documentación que disponemos para reconstruir todo el proceso que tiene que ver con este elemento tan característico del paisaje urbano de esta ciudad, pues se contienen en ellas datos acerca de su construcción, de sus promotores y de las posibles reconstrucciones acaecidas en otros momentos. Se llena, por tanto, la laguna que en relación con éstas hemos podido encontrar en los archivos de Granada, donde resultan bastantes escasos los documentos referidos a ellas. Para las cruces de Granada, las fuentes documentales son muchas veces ellas mismas y la abundante literatura que han generado a lo largo del tiempo, precisamente por participar de ese binomio arte-religiosidad que decíamos al principio y haber sido el centro o argumento para numerosas historias en las que la Cruz juega un papel determinante en el marco de una religión practicada por el pueblo en la que se mezclan vivencias y doctrina. Pensemos, sin ir más lejos, en la **Cruz de la Rauda** y en la **Cruz Blanca**, sobre las que se ha escrito mucho y siempre en esa misma dirección.

En el patrimonio arquitectónico granadino quedan, todavía, y a pesar de las destrucciones y el paso del tiempo, algunas cruces de gran interés repartidas regularmente por toda la ciudad, aunque con especial incidencia en el Albaicín y el Sacromonte.

Del siglo XVI son la **Cruz de la Rauda**, tradicionalmente atribuida a los Reyes Católicos, la **Cruz de los soldados y canteros de la Alhambra**, levantada para el Vía Crucis del Sacromonte, y la **Cruz del Artillero**, que se levanta a la entrada de la subida al recinto de la Alhambra, erigida por orden de Leandro de Palencia en 1599.

El siglo XVII es la época de mayor proliferación de estas cruces, o por lo menos, la época de la que se conservan en mayor número. No en vano es entonces cuando asistimos a una de las etapas de mayor esplendor del arte religioso hispánico de acuerdo a las pro-

⁹ COLINA MUNGUÍA, Saturnino: *Cruces de Granada*.

pías circunstancias históricas y espirituales de España perfectamente inserta en la ejecución de programas y proyectos de inspiración contrarreformista. Será entonces cuando se completa el Vía Crucis del Sacromonte que comienza en “las principales casas del Chapiz y acaba en el monte Calvario y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que están fundados al principio y subida de la cuesta del dicho Sacro Monte Ilipulitano, obra de grande admiración é igual costa, hecha por la devoción y limosna de los hermanos terceros, que frecuentaban esta vía sacra todos los viernes del año por la noche. Son muchas las cruces y todas de piedra repartidas á corta distancia, donde se meditan los pasos de la Pasión. Muchas de ellas son puestas á costa de particulares devotos que ofrecieron sus limosnas para tan grande obra, cuyos nombres se leen en los pedestales de dichas cruces ...”¹⁰. En ellas, como afirman los *Anales* de Jorquera, participarán no sólo las autoridades eclesiásticas, entre los que destaca el arzobispo don Pedro Castro y Quiñones, y las distintas órdenes religiosas, sino una extensa nómina de promotores de los más diversos estratos de la sociedad granadina del Barroco, desde los principales señores como don Pedro de Ávila, el Marqués de Estepa o don Orlando de Lepanto, hasta los miembros de algunos de los gremios más importantes como los ganapanes o palanquines, los maestros hiladores de la seda y a veces las comisiones de los diferentes barrios de la ciudad. La presencia de estos últimos será todavía más importante en aquellas cruces erigidas en las plazas y calles del centro urbano o las construidas en la entrada a parroquias y monasterios. La construcción de la **Cruz Blanca**, “en el lugar donde la tradición dice que se descubrió el cadáver de la Emperatriz Isabel y se verificó la legendaria conversión del Duque de Gandía...”, la **Cruz de la Plaza de Nuestra Señora de Gracia**, la **Cruz del Campo del Príncipe** o la **Cruz de San Pedro** y **San Pablo**, son un ejemplo de la promoción vecinal en relación con la erección de estos particulares monumentos de arte y religiosidad. No faltan en esta centuria algunas otras de aire más romántico y hasta propagandístico. Pensemos, por ejemplo, en la denominada tradicionalmente como **Cruz del Bosque**, en la que encontramos, “entre la arboleda, una cruz de mármol sobre una columnita árabe, en cuyo pedestal se consigna que ella y las fuentes y árboles que la rodean fueron puestas por el Marqués de Mondéjar en 1641, en testimonio de adhesión a la próxima casa de carmelitas.”¹¹.

Durante el siglo XVIII, más que hablar de nuevas construcciones, asistimos a una época de reconstrucción y reforma de algunas de las cruces ya existentes en las que se emprendieron obras de reedificación como consecuencia del deterioro sufrido, tal y como se indica en las cartelas de los pedestales de algunas de ellas. Indican estas obras la constante preocupación por mantener estos hitos de arquitectura popular que tanto carácter imprimen al trazado urbano de la ciudad. En la centuria siguiente tenemos noticia de la utilización de la Cruz como símbolo de libertad política y no tanto como emblema de significación religiosa o espiritual. En 1840 el Ayuntamiento de Granada y la Audiencia Territorial costearon la colocación en el lugar donde había sido ajusticiada la heroína granadina Mariana Pineda de una cruz de hierro sobre una columna de mármol delimitada por un espacio cuadrado decorado con empedrado granadino. La **Cruz de Mariana Pineda**,

¹⁰ HENRIQUEZ DE JORQUERA, Francisco: *Anales de Granada...*, T. 1, p. 267.

¹¹ GÓMEZ MORENO: Manuel. *Guía de Granada*. Granada: Universidad de Granada, 1994, p. 178.

podemos decir, cierra el ciclo de esas cruces granadinas de larga tradición en el marco social y religioso de esta ciudad. En el siglo XX, esa sencillez anterior se trocará en monumentalidad y grandilocuencia, en propaganda y conmemoración, que es lo que define a uno de los últimos proyectos de cruces granadinas. Nos referimos a la **Cruz de los Caídos** en la que más que hablar de religiosidad popular habría que hacerlo de monumento político. Esta cruz, instalada originariamente a la entrada de la Carretera de Sierra Nevada y posteriormente llevada hasta el Cementerio Municipal, pretendía ofrecer, según se desprende de una nota de prensa aparecida en junio de 1938, “por sus características arquitectónicas y por el ambiente severo de que es intención rodearla una nota de gran fuerza emotiva. De paso, llevará en sus líneas la gracia tradicional de las cruces granadinas, y por sus detalles complementarios —la reja de traza popular, los farolillos artísticos- quedará diluido el dramatismo simbólico del monumento en la sugestión típica del sentido artístico andaluz, que ante las grandes emociones sabe imponer interpretaciones propias.”¹². La Cruz de los Caídos fue concebida como un símbolo de paz, pero también un símbolo de poder, propio y característico de una ideología que hizo suyos ciertos elementos de la tradición religiosa popular.

Este es el panorama, a grandes rasgos, que presentan las cruces granadinas, sencillos monumentos de piedra y madera en los que trasciende un profundo significado espiritual y religioso evocado y representado con ayuda y auxilio de una artísticidad sencilla y popular aunque no exenta de gracia y calidad estética. Religiosidad y arte se funden en la naturaleza del paisaje urbano granadino dando lugar a ambientes de aire romántico y evocador de los que tan sobradamente está representada esta ciudad.

¹² *Ideal* 12 de junio de 1938.